



ISLAS, 47(145):158-165; julio-septiembre, 2005

Medardo Vitier *Nota sobre Cervantes*

Estas páginas se refieren a algunas de las conclusiones más unánimes de la crítica, y expongo además alguna idea personal sobre el novelista y su creación.

Esto, sin más, es mucho, y en modo alguno puede realizarse en tan limitado espacio. La bibliografía cervantina de fines del siglo diecinueve y de esta primera mitad del veinte, es, en efecto, tan vasta y variada, que apenas logra uno aludir, sin mención de autores y libros, a unas cuantas ideas centrales.

Una de ellas es la originalidad de Cervantes, que admiten y alaban todos los críticos, intérpretes y comentaristas. Pero ¿cómo, en qué circunstancias de cultura, resulta Cervantes original?

Es uno de los autores españoles en quienes la crítica discierne y muestra mayor número de influencias. Al fijarme en ellas he advertido, por mi parte, tres clases: una meramente formal, pero necesaria en la economía interna de *El Quijote*; otra que es de asuntos y pudiera denominar influencia temática; y en fin, aquélla, más difundida por la novela y más difícil de concretar, que consiste en una actitud frente al mundo, en un modo peculiar de reacción frente al hecho desconcertante de la vida humana.

En la *Celestina*, la tragicomedia del bachiller Fernando de Rojas, que aparece al cerrar el siglo quince, en tiempo de los Reyes Católicos, halla Cervantes el instrumento del diálogo y el empleo de refranes y proverbios que tanto figuran en *El Quijote*, según la sagaz observación de Menéndez y Pelayo. Ésa es, para prescindir de otros elementos, la influencia que he llamado formal. En escritores italianos de los siglos quince y dieciséis, Pulci,

[158]





Boiardo, Ariosto, pudo encontrar el tema de la burla y la ironía en torno al héroe de las narraciones caballerescas medievales; el lado cómico en las aventuras de tanto caballero hazañoso de la poesía carolingia y bretona. De modo que Cervantes viene a ser el término de un proceso estético: el último autor, enseña Menéndez Pidal, que inserta contenidos cómicos en temas de heroísmo. En la propia literatura española tuvo un antecedente de singular semejanza con su novela principal, en el *Entremés de los romances*, donde un Bartolo ha perdido la razón de tanto leer romances, como la perdió el hidalgo de la Mancha leyendo libros de caballerías. Refiérome aquí, sin matices, a lo grueso no más de los antecedentes, cuyo grado de influencia en Cervantes es imposible precisar. De todos modos, ése es el factor que llamé temático, y lo halla dentro y fuera de España.

La tercera clase, entre las influencias que he clasificado, es la de la reacción individual frente al dato de “estar en el mundo”, como diría ahora un existencialista. En Luciano, el clásico de la antigüedad que escribió los *Diálogos de los muertos*, abunda el ingenio y el donaire. Sus obras, que leyó Cervantes, contienen alegorías, sátiras, pasajes licenciosos, todo penetrado por la ardiente vena de un espíritu que contempló con independencia hombres y cosas. En Luciano como en Juan de Valdés que lo imitó en España, descubre Menéndez y Pelayo cierta afinidad con Cervantes, que éste, sin duda, sintió y aprovechó, como sintió también la onda del llamado *erasmismo español*, o sea la serie de escritos polémicos que originó Erasmo, el humanista agudo, de voluntad revisionista, desintegrador de valores anacrónicos y maestro en la zumba y la alusión picante. Algo de ese modo de reaccionar de Luciano y de Erasmo hubo en el príncipe de las letras castellanas, que no poseyó el saber humanístico de Quevedo, por ejemplo, pero asimiló en traducciones de la época las esencias de la antigüedad griega y latina.

Pues bien, nada de lo sumariamente apuntando, disminuye la originalidad cervantina: ni las influencias de forma, que recoge con desembarazo; ni las temáticas, que trasmuta en creación genuina; ni las de actitud espiritual ante el siglo XVI y los comienzos del XVII, tan densos y conturbados. Lo cierto es que su originalidad reluce en medio de esos antecedentes, que de fijo, le determinaron en parte, así la concepción como la elaboración de *El Quijote*, sin que ninguno de los referidos elementos usur-

[159]





para el sitio de la individualidad profunda. Su acento original es a modo de musa victoriosa que flota en los capítulos y acompaña cada aventura, para embelesar la imaginación humana con el encanto de lo perdurable.

Don Adolfo Bonilla estudió en breves y densas páginas el medio universitario en que se formó Cervantes. Fué la Universidad de Alcalá, en que predominaban las disciplinas literarias y humanísticas, la que influyó en Cervantes, no la de Salamanca, donde prevalecía lo teológico y filosófico. Por otra parte, el ambiente renacentista que alcanzó de mozo, no era ya el sano, integral de la primera mitad del siglo XVI sino el decadente, más apegado a la mera erudición que al renovador aliento derivado de los clásicos griegos y latinos por los humanistas de la calidad de Vives y Erasmo.

Véase, a propósito de las universidades, que a las influencias de lecturas de autores nacionales y extranjeros, ya mencionados, se agregan las de centros docentes y las de movimientos culturales que le eran coetáneos. Sobre esto último importa mucho la estada del escritor en Italia, durante los años de 1569 a 1575, al servicio del cardenal Acquaviva. Por aquel tiempo llegaban a su auge un docto comentario y una larga polémica sobre la *Poética* de Aristóteles. Los preceptistas italianos del Renacimiento revisaron no pocas doctrinas estéticas, con motivo de ese libro del filósofo griego. Cervantes vivió en un ambiente penetrado de teorías literarias que se defendían o se impugnaban convirtiéndose en problemas vitales. No sé si Américo Castro, en su magnífica obra *El pensamiento de Cervantes*, atribuye demasiado a aquella atmósfera de los humanistas italianos de la segunda mitad del siglo XVI, cuando afirma que si en *El Quijote* el ideal se despeña por la vertiente de lo cómico, se debe a que Cervantes introdujo en la novela nada menos que la más viva cuestión de cuantas acaloraban a los intérpretes de la *Poética* de Aristóteles en Italia, es decir, los lados antitéticos de lo heroico, ideal, por una parte, y lo cotidiano, práctico, por otra. De todas suertes es en extremo sugestiva la lección del notable filólogo, discípulo de don Ramón Menéndez Pidal. Pero desde luego, y a tenor de lo expuesto sobre la originalidad cervantina, esa penetración de la tesis italianas en *El Quijote*, queda disuelta en lo que ellas tienen de ingredientes didácticos, y convertidos en sangre de personajes que pagan, de puro originales, cuantas

[160]





deudas literarias pudo contraer el autor, sea en sus lecturas libres del romancero español y de la novela anterior a su tiempo, sea en la sátira lucinesca, o en las disputas de los erasmistas, o en el refinamiento doctrinal de los preceptistas de Italia.

En cuanto a los libros de caballería, con los cuales se propuso acabar, existe acuerdo general. Constituían ya un género en decadencia, pues de otro modo no alcanzarían las potencias del genio a abatirlo y enterrarlo. Pero hay más: la parodia cervantina no condena lo caballeresco sino que lo purifica y lo exalta, por manera que de entre los Amadis y Palmerines se levanta Don Quijote a nuevas andanzas, esta vez con categoría humana universal, tan en consonancia con lo mejor de nuestra naturaleza que hasta la locura intermitente del héroe sale redimida de aquel mundo de ansiedades y escaramuzas.

Don Quijote encarna una forma del sentido de la vida en los españoles Sancho encarna, a su vez, otro modo de sentir el mundo, que también es muy español. Lo esencial de la raza no lo usurpa el caballero ni lo representa eternamente el escudero. Uno y otro han salido a sus aventuras con cualidades españolas en las entrañas; por eso disputan; por eso va cada uno tercamente, al propósito que lo enamora; por eso ambos son habladores; por eso hay una instintiva cordura en los delirios del caballero, y un sentido común que sueña, a su modo, en los dichos del escudero; por eso, en fin, los dos se entienden, y juntos afrontan los reveses, juntos se destacan frente a curas, bachilleres, barberos, amas; juntos vuelven a la aldea, el uno a recobrar la razón, el otro a rogar, todo compungido, a su amo que no se muera, mientras Cervantes finaliza aquellas páginas de ocaso que el siglo áureo español dedica a la Humanidad.

Se ha dicho que fué acierto singular el dejar imprecisos en Don Quijote los límites entre la razón y la locura. La verdad es que, aparte de momentos de entera lucidez y de momentos de anormalidad psíquica notoria, hay otros de penumbra en que lo quijotesco oscila y parece situarse en ese plano donde no existen soluciones firmes, válidas para todos. Por ahí cala Cervantes en zonas poco conocidas de la naturaleza humana. Su ánimo irónico se detiene reverente en esa admirable observación de Américo Castro ante la demencia del hidalgo.

Frente a *El Quijote* porque no trato aquí de las demás obras sentimos la presencia de un ideal inasequible, como es el de arre-

[161]





glar el mundo, y a la vez nos sorprendemos en franca simpatía con muchos afanes del caballero desfacedor de entuertos. Ésa es, cuando menos, una de las claves maestras de la creación de Cervantes, porque así somos: amamos, por natural impulso no explicado lógicamente, todo empeño noble, sea o no realizable, y amamos siempre y buscamos mucho más de lo que podemos realizar. Vivir es estar envuelto en esa atmósfera dramática.

La actitud de Don Quijote frente a las gentes de su tiempo es antisocial, propia de su individualismo desorbitado. Él es ley de sí mismo; ve sólo facetas de las cosas; se enamora de la justicia, pero quiere realizarla sin contar con medios para ello. Lo que busca es siempre alguna forma del bien. No fracasa por buscarla sino por su divorcio de las circunstancias, y más, en tiempos ruines. La nobleza decaía; el pueblo, en pobreza y ociosidad, perdía el vigor de mejores días; el espíritu municipal decrecía desde el golpe a los comuneros. La vida de Cervantes coincide, en su mayor parte, con el reinado de Felipe II que ocupa la segunda mitad del siglo XVI. *El Quijote*, tanto la primera como la segunda parte, se publican a principios del XVII; así que el autor compone su novela bajo signos de desaliento nacional, cuando el almacén costosísimo del Estado apenas contenía vitalidad.

Para nosotros, que tenemos un día del idioma, Cervantes es el símbolo. ¿Por qué? ¿Y por qué lo es para España, como pueblo o nación? Por supuesto a causa de ser el escritor de más fuerza, el clásico preeminente. Pero el caso requiere esclarecimiento. No se ha hecho símbolo de Lope de Vega, aunque es el poeta que sintió y adivinó lo popular; ni de Calderón, aunque encarnó como nadie el espíritu católico de la España del siglo XVII; ni de Santa Teresa a un tiempo tan casera y hacendosa como arrebatada por la vocación mística, ni de Quevedo, cuyos valores se sostienen si no es que crecen. Había de ser el soldado que peleó en Lepanto y sufrió prisiones en España y fuera de ella, y vivió en pobreza, el escogido para simbolizar el genio de la nación misionera. ¿Cómo no?, si Don Quijote es también un misionero laico que va predicando e imponiendo su Evangelio a toda criatura, no obstante los palos que alguna vez llueven sobre su desmedrada humanidad.

Cervantes es un símbolo porque pinta el espíritu de su pueblo y refleja las esencias hispánicas por modo definitivo, y porque

[162]





“desmontó”, según la frase de Varona, el alma humana, para mostrar sus resortes ocultos.

Un hispanista francés ha dicho que a Quevedo le falta el equilibrio moral de Cervantes. Casi igual juicio estampa Menéndez y Pelayo en estas palabras: “... el más sereno y equilibrado de todos los ingenios del Renacimiento”. Esa lección de serenidad hace falta hoy en el mundo. Y no porque fuera Cervantes un moralista, atenido sólo a su doctrina, sin enfrentarse con las formas depravadas de la realidad. *El Quijote* y las *Novelas Ejemplares* dan cabida a todas las fealdades humanas, así a las de época como a las perennes. La indignación del autor se quiebra en mansa ironía y sale del antro sin odios, como si nos enseñara a comprender. Es que en medio de su turbulenta vida, no pocas veces atribulada, salvó lo mejor de su naturaleza, y ya nada, ni la indignidad ni la crueldad, ni el fariseísmo ni la soberbia de los hombres le harán renegar de lo humano ni demandarle cuentas al Destino. Todavía más. Quien lea atentamente algunos capítulos de *El Quijote*, sentirá una cálida vena de ternura en veces como soterrada, pero testificando la sensibilidad del escritor.

Símbolo, y bien escogido, porque tiene lección de serenidad, más saludable hoy que nunca, en esta paz de difíciles ajustes y crecientes recelos. Símbolo, no sólo de la lengua española sino de la mejor hispanidad, porque posee las condiciones de hermano mayor que nos guía, o sea, porque no se ha limitado a verle las tinieblas al mundo y ha visto también las luces o potencias buenas que Dios pone en los hombres.

Somos, como cubanos, hijos de América, con antepasados españoles. Dedicemos unas palabras finales al mundo hispanoamericano. Este año de 1947 tiene una conmemoración de raíz hispánica, que es el natalicio de don Miguel de Cervantes, y otra de sentido americano, que es el centenario de la Gramática de Andrés Bello, el sapiente filólogo venezolano que vivió largos años en Chile, donde se guarda hoy alta veneración a su memoria. Los dos sucesos, el nacimiento del novelista y la publicación de la mejor gramática castellana en 1847, vinculanse con el idioma y con los pueblos que Darío llamó

Íclita razas ubérrimas,  
Sangre de Hispania fecunda”.

[163]





Menéndez Pidal, el maestro de los estudios románticos, ha publicado recientemente una disertación que titula *La unidad del idioma*. Interesa sobre todo a la América española, pues plantea la cuestión de si el castellano persistirá en sus líneas constitutivas o si se alterará entre nosotros hasta originar hablas regionales y nacionales diversas. No puedo resumir aquí el autorizadísimo examen que hace del problema. Baste lo sustancial.

Ya don Rufino José Cuervo, el sabio colombiano que sobresalió en disciplinas filológicas, se preocupó, ayer mismo, por la posibilidad de una alteración fundamental en el español de Hispano América. Otros, menos autorizados, han escrito acerca de ese peligro. Menéndez Pidal plantea el problema, y su conclusión, a vueltas de varios razonamientos, es contraria a la posibilidad que nuestro idioma genere otros, a semejanzas de aquellas alteraciones del latín que culminaron en las lenguas románticas, una de las cuales es la nuestra actual. No lo cree don Ramón porque nota que no se dan en América las mismas circunstancias medievales, explicativas del fenómeno, como fueron la carencia de peso oficial en latín al desmembrarse el Imperio Romano, la escasa comunicación entre los países románicos que habían estado sometidos al Imperio y quedaron luego aislados, y en fin, la falta de escritura en latín, fuera de la Iglesia, que representó ella sola, por siglos, la cultura. Esto que apuntó rápidamente lo describe, puntualiza y ejemplifica Menéndez Pidal, en términos tales que hasta el indocto en estos estudios comprende la tesis del filólogo.

Claro, su tesis de continuidad y persistencia no significa que se habla y se hablará en la América como en España. Ya la primera generación de criollos, poco después de la Conquista, introdujo cambios en la fonética en el léxico en el acento regional. Los mexicanos y los argentinos, por ejemplo, tienen caracteres propios a ese respecto; pero son rasgos externos que no conmueven la estructura lingüística. Resulta desigual el castellano de nuestros países en notas peculiares que no afectan la hechura secular de la lengua. La circulación creciente de libros y periódicos, cuyos lectores aumentan entre las clases populares, asegura, a más de otros medios, la uniformidad del español en América. Después de todo, hay mayor diferencia entre diferencia entre el habla

[164]





de algunas regiones de España que la existente entre Colombia y Cuba, por ejemplo.

Si al cabo han de oroginarse nuevos idiomas derivados del tronco hispánico, ello se deberá a fuerzas sociales de imposible detención. Por lo pronto, no lo deseamos, y a juzgar por el criterio de Menéndez Pidal no hay razones para temerlo. Esperamos que nuestros descendientes lejanos lean todavía, por siglos, aquellos consejos que da Don Quijote a Sancho, próximo éste a partir para su gobierno de la Insula de Barataria. Bello mensaje cervantino que no dimana de la filosofía sino del humanismo. Recordemos alguans de las jugosas advertencias. Se hallan en el capítulo XLII de la segunda parte de *El Quijote*.

“Haz gala Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte...”

“Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico”.

“Si acaso doblarse la vara de la justicia, no sea con el peso de la dávida sino con el de la misericordia”.

“Si alguna mujer hermosa viniere a pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que te pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.”

“Si haz de vestir tres pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo”.

Sí, que se lea en América, por generaciones infinitas aquella cláusula armoniosa que está al término de los primeros consejos:

“Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho serán luengos tus días, tu fama será eterna, premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos; vivirás en paz y en beneplácito de las gentes y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos”.